



HAL
open science

¿Cómo hacer la revolución? Los anarquistas y la crítica de la violencia insurreccional

Oscar Freañ Hernandez

► **To cite this version:**

Oscar Freañ Hernandez. ¿Cómo hacer la revolución? Los anarquistas y la crítica de la violencia insurreccional. Cahiers de civilisation espagnole contemporaine (de 1808 au temps présent), Histoire politique, économique, sociale et culturelle, 2015, Hors série n°2, 10.4000/ceec.5399 . hal-03178284

HAL Id: hal-03178284

<https://hal.science/hal-03178284>

Submitted on 28 Oct 2022

HAL is a multi-disciplinary open access archive for the deposit and dissemination of scientific research documents, whether they are published or not. The documents may come from teaching and research institutions in France or abroad, or from public or private research centers.

L'archive ouverte pluridisciplinaire **HAL**, est destinée au dépôt et à la diffusion de documents scientifiques de niveau recherche, publiés ou non, émanant des établissements d'enseignement et de recherche français ou étrangers, des laboratoires publics ou privés.

¿Cómo hacer la revolución? Los anarquistas y la crítica de la violencia insurreccional

Comment faire la révolution ? Les anarchistes et la critique de la violence insurrectionnelle

Oscar Freán Hernández



Edición electrónica

URL: <https://journals.openedition.org/ccec/5399>

DOI: 10.4000/ccec.5399

ISSN: 1957-7761

Editor

Laboratoire 3LAM

Este documento es traído a usted por Université Lumière Lyon 2



Referencia electrónica

Oscar Freán Hernández, «¿Cómo hacer la revolución? Los anarquistas y la crítica de la violencia insurreccional», *Cahiers de civilisation espagnole contemporaine* [En línea], 2 | 2015, Publicado el 02 marzo 2015, consultado el 28 octubre 2022. URL: <http://journals.openedition.org/ccec/5399> ; DOI: <https://doi.org/10.4000/ccec.5399>

Este documento fue generado automáticamente el 29 septiembre 2020.

All rights reserved

¿Cómo hacer la revolución? Los anarquistas y la crítica de la violencia insurreccional

Comment faire la révolution ? Les anarchistes et la critique de la violence insurrectionnelle

Óscar Freán Hernández

Introducción

- 1 En la España de los años treinta, en pleno régimen republicano, los militantes obreros veían la revolución social como algo no solamente posible sino incluso cercano. Para ellos, en aquel momento no era ningún proyecto descabellado, en absoluto, y el contexto general del periodo de entreguerras confirmaba estas expectativas. Si el objetivo parecía claro, los medios a utilizar eran menos evidentes; la cuestión del cómo hacer la revolución se planteaba de manera explícita conforme la alternativa al capitalismo y al fascismo se afirmaba. Los anarquistas, obviamente, también se planteaban esta cuestión, tal y como podemos percibir siguiendo los debates que se desarrollaron en el interior del movimiento libertario español. En el presente trabajo vamos a tratar uno de los aspectos de esta cuestión como es el del recurso a la violencia insurreccional revolucionaria y, de manera concreta, cómo esta violencia insurreccional encontró las críticas y las reticencias de una parte considerable de los anarquistas españoles.
- 2 El movimiento libertario era muy heterogéneo y complejo; en su interior existían diferentes orientaciones que, a lo largo de la historia, convivieron de manera más o menos equilibrada, con choques y disputas constantes. En varias ocasiones esto provocó enfrentamientos abiertos, ataques personales e incluso la expulsión de militantes de las organizaciones. Estas discrepancias es algo que percibimos desde el origen del movimiento libertario, tanto a nivel español como internacional, y no refleja sino las

concepciones diferentes que los militantes y pensadores anarquistas tenían de la lucha, de la revolución y de la sociedad comunista libertaria que aspiraban a poner en marcha. Las divergencias eran fundamentalmente de orden estratégico y a veces también de orden personal; sin olvidar que concernían igualmente al modelo social y económico a desarrollar una vez triunfase la revolución anhelada. Aunque estas diferencias existían, los objetivos de unos y otros eran similares : acabar con el sistema económico y social en vigor y avanzar hacia una sociedad en anarquía.

- 3 Los puntos de conflicto eran varios, fundamentalmente de tipo estratégico; entre ellos estarían las prioridades en la lucha (reforzar el sindicato, lanzarse a la revolución) los recursos utilizados (sindicatos, grupos de acción) la relación con los políticos y con el régimen republicano, etc. El recurso a la violencia insurreccional sería así otro de los elementos que contribuiría a este conflicto interno. Conforme el movimiento libertario se fue haciendo más fuerte y estable, las divergencias y tensiones afloraron de manera más clara y más visible. Y durante el periodo de la II República serán especialmente fuertes y marcarán el devenir de prácticamente todas las organizaciones anarquistas españolas.
- 4 Si bien es cierto que el movimiento libertario recurrió habitualmente a la acción violenta en forma de atentados, magnicidios, tentativas revolucionarias, etc.; esta estrategia no fue compartida por todos los anarquistas y fue considerada por algunos de ellos como contraproducente, inútil o poco apropiada para los objetivos revolucionarios. El recurso a la violencia generó pues opiniones diversas. Y aunque haya una identificación bastante generalizada entre violencia y anarquismo no debemos caer en simplificaciones y considerar el movimiento libertario como uniforme en ese sentido.

Anarquismo y violencia

- 5 La estrecha relación que se estableció entre el anarquismo y la violencia se remonta a los años finales del siglo XIX, momento en el que apareció la denominada «propaganda por el hecho», que consistía básicamente en utilizar el terrorismo como medio de acción política. Esta práctica se generalizó entre los libertarios de Europa y América, convirtiéndose en un fenómeno con múltiples manifestaciones en Francia, Italia, España, Estados Unidos, Alemania, etc. Al calor de un «clima intelectual» favorable que lo alentaba, fue un fenómeno internacional que funcionó más por mimetismo que de manera organizada en estos años del siglo XIX, pues a pesar de que existían contactos entre los anarquistas de diferentes países, los atentados perpetrados parecen haber sido el resultado de iniciativas individuales o de pequeños grupos¹.
- 6 Esta estrategia terrorista tenía un evidente objetivo propagandístico, y buscaba un impacto y una repercusión mediáticos para popularizar sus reivindicaciones y su lucha, así como para crear un estado de miedo y hacer perceptible la violencia del sistema. Según Juan Avilés Farré, se alimentaría de los aportes intelectuales y políticos de la prensa y de las publicaciones anarquistas². La respuesta en forma de represión por parte de las autoridades era igualmente utilizada con un fin propagandístico, una práctica que Ángel Herrerín define como «propaganda por la represión».
- 7 La propaganda por la represión sería la manera con la que el movimiento anarquista utilizaba la represión policial y judicial que sufrían sus activistas, creando una dialéctica particular para presentar a éstos no como culpables sino como víctimas del Estado, de la Iglesia y del capital³. De hecho, el movimiento anarquista daba una cobertura y un apoyo

moral a estos activistas que, posteriormente, se convertirían en mártires de la causa una vez detenidos o ejecutados. A esto contribuía el hecho de que, en ocasiones, al no conocerse al autor material, o al haber huido éste, la represión se cebaba contra el conjunto de la militancia, de los líderes más conocidos, de las asociaciones obreras y los órganos de prensa⁴.

- 8 Si a finales del siglo XIX y comienzos del XX el recurso a la violencia es una iniciativa más bien individual o de pequeños grupos, esto cambia a partir de la década de los años diez. A partir de ese momento, el movimiento libertario está mucho más estructurado y los anarquistas lo que hicieron fue ingresar en las organizaciones sindicales, en primer lugar para evitar su aislamiento y en segundo lugar para orientar el sindicalismo hacia un objetivo revolucionario y evitar la evolución del mismo hacia un simple reformismo. Por lo tanto, ahora ya no es posible que los activistas actuasen al margen de los sindicatos y que éstos desconociesen por completo sus planes terroristas. Los militantes conocían estos proyectos y muchos simpatizantes incluso los toleraban.
- 9 Juan García Oliver confirma este punto cuando señala que la organización sindical participaba a la preparación de los actos terroristas. También lo reconoció Ángel Pestaña al recordar la llegada a los sindicatos de algunos «individuos que viven en el lindero incierto que hay entre el trabajo y la delincuencia común», aquéllos que acabaron tomando las armas y recurriendo al atentado ante la mirada indiferente de una clase trabajadora «que se encogía de hombros cuando un patrono caía asesinado» o que incluso «en el fondo de sí misma, en lo íntimo, aplaudía aquellos hechos». En ese momento, recuerda Pestaña, estaba claro que «el terrorismo no podía vivir sin la organización» sindical –la CNT– que en esa dinámica acabaría perdiendo «el control de sí misma» hasta el punto de utilizar las cuotas de los afiliados para comprar armas y pagar a los pistoleros⁵.
- 10 Los anarquistas percibieron las ventajas de una aproximación al movimiento sindical que les facilitaría el contacto con los trabajadores y les evitaría el riesgo de aislamiento en los grupos de afinidad. En ese sentido orientaron su acción a partir del invierno de 1918, y en una Conferencia Anarquista reunida en Barcelona «se acordó el ingreso masivo de los grupos anarquistas en las organizaciones sindicales»⁶. Los sindicatos serían para ellos un medio para avanzar en la revolución. La orientación ideológica de los mismos sería igualmente una garantía para evitar que el sindicalismo, a secas, condujese a la CNT hacia el reformismo y bloquease el objetivo de la revolución⁷. Algo parecido fue lo que hizo la FAI desde el momento de su constitución en 1927 y especialmente durante la Segunda República: actuar como grupo de presión sobre la CNT, no desde fuera sino desde el interior de los sindicatos y de los diferentes comités e instancias confederales⁸. Su apuesta fue la de ir a la revolución de manera inminente; desde que se vieron con fuerzas suficientes lanzaron la táctica de la «gimnasia revolucionaria» y promovieron una serie de insurrecciones para avanzar rápidamente hacia el comunismo libertario.
- 11 A partir de ahora ya no se puede hablar de propaganda por el hecho de estilo decimonónico, ni de una acción defensiva frente a la ofensiva patronal como en los años de la posguerra. Ahora se trataba de una elección deliberada con un objetivo revolucionario; la violencia ya no sería un medio de propaganda o de resistencia sino una táctica de lucha. Se consideraba que el capitalismo estaba en crisis, acabado, y que el régimen republicano no tenía ni presente ni futuro. La única alternativa que los anarquistas estimaban posible era la revolución social y la instauración del comunismo libertario, y en ese sentido habían previsto avanzar⁹.

¿Cómo hacer la revolución?

- 12 Sin embargo, este avance podía hacerse de distintas maneras y a ritmos diferentes. Por eso la elección de la estrategia de insurrección y violencia por parte de los anarquistas no suscitó un apoyo unánime en las filas libertarias. Hubo anarquistas que la practicaron, que la apoyaron, que reconocieron abiertamente su utilidad y su necesidad; pero otros consideraron que ésa no era la vía a seguir para avanzar en la revolución deseada. Muchos, en todo caso, se mantuvieron en una ambigüedad o en un difícil equilibrio manteniendo sus distancias pero dando un apoyo solidario, más o menos explícito, a los que, al fin y al cabo, eran sus camaradas, sus hermanos, sus compañeros de lucha.
- 13 Las críticas a la acción violenta no eran una novedad entre los anarquistas, pues las podemos encontrar desde el siglo XIX; pero será durante el periodo de la Segunda República cuando se harán especialmente explícitas. En ese momento, las disputas y rupturas en el seno del movimiento libertario están lastrando la acción y el devenir del anarquismo, basculando entre los sindicalistas que trabajaban en el reforzamiento de la CNT y los insurreccionalistas que actuaban con la perspectiva de un proceso revolucionario inmediato en la que se integraba la estrategia de violencia insurreccional.
- 14 Esta última alternativa fue la que se impuso y la que precipitó una dinámica de acción-represión-acción negativa para el anarcosindicalismo al provocar una respuesta represiva por parte de las autoridades del Estado que impedía la acción sindical y propagandística. Por esta razón, una parte del movimiento libertario se opuso a esta vía al considerarla perjudicial para unos objetivos revolucionarios que se planteaban, sin un plazo determinado, a través del reforzamiento de la CNT y del resto de organizaciones libertarias. Para los sindicalistas, la organización de los trabajadores sería la prioridad; al mismo tiempo que juzgaban la «gimnasia revolucionaria» como un freno, una tentativa revolucionaria elitista y minoritaria que perjudicaba lo que ellos consideraban verdaderos objetivos revolucionarios.
- 15 Ya en la primavera de 1931, en los inicios de la II República, la cuestión que se planteaba entre los anarquistas giraba en torno a la idea de reforzar las organizaciones o la de lanzarse a la revolución. Ésa era la disyuntiva de fondo y la que marcó los debates del movimiento libertario en esos momentos. Organización sindical de base industrial o solamente territorial; permitir o no la implantación del régimen republicano; lanzarse a la acción violenta y a la insurrección o fomentar un trabajo sindical de reconstrucción de la CNT. Éstos eran los elementos centrales de una controversia interna sobre el modo de hacer la revolución.
- 16 Si en los primeros meses republicanos fueron los sindicalistas de carácter más moderado los que mantuvieron el liderazgo de la CNT, pronto, a finales de 1931 y comienzos de 1932, se produjo la toma de control de la Confederación por los elementos anarquistas más radicalizados que acentuaron la lucha en la calle en forma de huelgas, enfrentamientos e insurrecciones. Aparte de la multiplicación de conflictos laborales y de huelgas –incluso huelgas generales– los anarquistas se lanzarían a tres movimientos revolucionarios en enero de 1932, enero de 1933 y diciembre de 1933.
- 17 En esta situación, y de manera progresiva, los más moderados se vieron sobrepasados, perseguidos y algunos de ellos incluso expulsados de la CNT. Es cierto que el contexto socioeconómico favoreció los intereses de los líderes partidarios de la insurrección,

debido al impacto de la crisis, a los fracasos huelguísticos que se multiplicaban y a los excesos represivos por parte de las autoridades a la hora de responder de la movilización social. Todo eso fue alimentando el descontento y favoreciendo el apoyo a los elementos más radicalizados que fueron, poco a poco, ascendiendo a los cargos de responsabilidad y de dirección de los organismos de la Confederación. Pero la deriva de abierta confrontación revolucionaria que la CNT adoptó bajo la dirección de los cuadros más radicalizados, creó tensiones y disensiones profundas. Veremos a continuación algunos ejemplos.

- 18 Una de las críticas más duras a la estrategia que justificaba la violencia se produjo ya en el mes de agosto de 1931, momento en el que se publicó el denominado «Manifiesto de los Treinta» en el que un grupo de sindicalistas denunciaba la orientación de una parte del movimiento libertario que quería lanzar las organizaciones anarquistas por una vía abiertamente revolucionaria. Para contestar esta orientación se argumentaba diciendo que

todo se confía al azar, todo se espera de lo imprevisto, se cree en los milagros de la santa revolución, como si la revolución fuera alguna panacea y no un hecho doloroso y cruel que ha de forjar el hombre con el sufrimiento de su cuerpo y el dolor de su mente. Este concepto de la revolución, hijo de la más pura demagogia [...] tiene [...] defensores en nuestros medios y se ha reafirmado en determinados núcleos de militantes

- 19 Calificaba los argumentos de los «radicales» de «concepto simplista, clásico y un tanto pelicularo, de la revolución». Frente a ello, sostenía que ellos, los firmantes, «somos revolucionarios, sí; pero no cultivadores del mito de la revolución» y que «la Confederación es una organización revolucionaria, no una organización que cultive la algarada, el motín, que tenga el culto de la violencia por la violencia, de la revolución por la revolución»¹⁰.

- 20 El manifiesto fue publicado en un momento de fuertes controversias dentro de un movimiento libertario marcado por la lucha interna por imponer una línea de acción de la CNT frente a un gobierno, y a un régimen, que empezaba a defraudar las esperanzas de los anarquistas, sobre todo de aquellos sindicalistas que esperaban realmente avances más visibles en materia social. Los anarquistas más radicalizados ya no confiaban demasiado en el gobierno de izquierdas. Donde coincidían unos y otros era en la crítica a los excesos represivos del gobierno que se ensañaban en las clases populares y trabajadoras.

- 21 Siguiendo con estas críticas internas, en una línea similar a la del Manifiesto de los Treinta, se manifestaría unos meses después José Villaverde en el periódico madrileño *La Tierra*. Villaverde, uno de los líderes del sector sindicalista, expuso su crítica a la vía insurreccional en estos términos :

El futuro es la revolución. Pero la revolución de los hombres que saben adónde van y por qué van. Aprendimos de nuestro inolvidable Mella aquello de «Revolucionarios, sí; voceros de la revolución, no» [...] Para nosotros [...] revolución no es barullo. Revolución y organización, método y disciplina son sinónimos¹¹.

- 22 Las críticas llegaron también, cómo no, de los sindicatos que se habían escindido de la CNT , y se acentuaron conforme se iba constatando el fracaso de las sucesivas tentativas revolucionarias lanzadas por los anarquistas insurreccionalistas. Así, tras el estrepitoso fracaso del movimiento de enero de 1933 las reprobaciones se intensificaron evocando el «simplismo revolucionario» de los faístas y objetando que

[...] la FAI quiere, por encima de todo, la revolución. No quiere saber, ni le interesa, cómo vendrá dicha revolución, cuáles serán sus consecuencias y las posibilidades

para hacerla. Dice que todo esto es perder el tiempo, que debe emplearse en preparar la revolución. Lo demás no le importa [...]. Además concibe la revolución de la manera más simplista: tener armas, tener municiones, tener elementos bélicos de combate y luego aprovechar cualquier descontento del pueblo, o que a la FAI le parezca tal, para salir a la calle. Bastan, siempre según ella, unas minorías audaces. Éstas se lanzan al tumulto y procuran, desde el primer momento, aterrorizar al adversario mediante un ataque imprevisto y violento, y cuando el pueblo vea la actitud de estas minorías se pondrán a su lado, ayudándolas a proseguir su obra demoleadora [...]¹².

- 23 Es evidente que los escindidos aprovechaban la situación para intensificar sus reproches. Sin embargo, también encontramos algunos militantes de la FAI que no ocultaron sus críticas a la estrategia insurreccional. Fue el caso por ejemplo de Avelino González Mallada, director del periódico *CNT*, con motivo de la insurrección anarquista de enero de 1933¹³. González Mallada fue el autor del editorial publicado en ese órgano confederal de prensa el 9 de enero –el día siguiente a haber estallado la insurrección– en el que muestra un contundente rechazo a una movilización que consideraba espontánea, sin preparación y que no beneficiaba en nada a los intereses revolucionarios de los trabajadores y de la Confederación Nacional del Trabajo. El propio título del editorial –«Esa no es nuestra revolución»– es bien significativo del desacuerdo con esa fórmula revolucionaria de carácter minoritario y conspirativo¹⁴. A pesar de que *CNT* matizó sus reproches en los números siguientes, González Mallada se reafirmó en sus críticas tres semanas más tarde en el Pleno de Regionales de la *CNT* celebrado a finales de enero, insistiendo en la inutilidad de «los golpes de sorpresa» que se apartaban de los principios anarquistas¹⁵.
- 24 Otro faísta que criticó esta estrategia fue Miguel González Inestal, en este caso en el congreso de la *CNT* en mayo de 1936 al exponer que los argumentos utilizados por los anarquistas insurreccionalistas a lo largo de los años treinta eran erróneos, que «el aspecto revolucionario que representaba el criterio de ese sector (era) un falso aspecto de la revolución, (era el de) una revolución jacobina y no anarquista (que representaba) una revolución de grupos pero no una revolución del pueblo» ni de los trabajadores, con los que no se contaba para nada¹⁶.

Otro debate de fondo

- 25 El resultado final de la estrategia insurreccional fue negativo al haber fracasado estrepitosamente todas las tentativas revolucionarias, lo que contribuyó a debilitar al movimiento libertario, y en particular a la *CNT* que experimenta a lo largo de esos años un fuerte descenso de su número de afiliados. Este descenso respondía en parte a la estrategia de radicalización emprendida, si bien no debemos olvidar en este proceso la influencia de las escisiones y de los enfrentamientos vividos dentro de la Confederación. Evidentemente, la fuerte represión que las organizaciones anarquistas habían sufrido por parte de las autoridades y de las fuerzas policiales después de cada movimiento revolucionario también contribuyó, de manera importante, a debilitar al conjunto movimiento libertario.
- 26 Años más tarde, Horacio Martínez Prieto, al hacer el balance de esos años, apuntaba :
- Total : tres intentos revolucionarios, planeados con un desconocimiento completo de la técnica revolucionaria y de las condiciones psicológicas y políticas del país [...] En los faístas y putcho-faístas [...] todo procedía del entusiasmo engendrado por el cómputo de mil pistolas, cuatro mil bombas de mano (cifras capciosas; solamente

usadas en sentido de orientación) y doscientos mítines en los que se atribuían a la revolución todas las virtudes [...]»¹⁷.

- 27 En cierto modo, tal y como ya apuntó Antonio Fontecha Pedraza hace unos años, se había mantenido un cierto modelo romántico de revolución propio del siglo XIX que sin embargo estaba desfasado en el contexto de los años treinta. Una parte considerable del anarquismo no había modificado sus medios de combate y continuaba considerando válidas las estrategias de lucha de comienzos de siglo, obviando que la CNT de los años treinta era un organismo con una fuerte influencia en la política y en la economía del país¹⁸.
- 28 Sin embargo, el debate sobre la violencia y el recurso a la insurrección no era meramente táctico, sino que era un exponente de otra controversia más profunda sobre el proyecto revolucionario anarquista a desarrollar. Efectivamente, una parte importante de los críticos a la estrategia insurreccional defienden un modelo postrevolucionario de tipo sindicalista, de ahí la necesidad de reforzar los sindicatos y la CNT y el rechazo de las tentativas prematuras y carentes de preparación. En ese sentido, para estos militantes los trabajadores organizados sindicalmente serían la base que permitiría poner en marcha la nueva sociedad comunista libertaria y el desarrollo de un sistema social libre e igualitario que garantizase la producción y la actividad económica cotidianas.
- 29 Se inspiraban de las teorías y reflexiones elaboradas por autores como Pierre Besnard, Christian Cornelissen, Luigi Fabbri o Rudolf Rocker, entre otros. En el caso de España, este modelo sería el defendido por militantes como Marín Civera, Ángel Pestaña, Joan Peiró, Eleuterio Quintanilla o Valeriano Orobón, por citar los más relevantes, partidarios de una sociedad establecida sobre una base comunalista federal en torno a una estructura sindical y la organización de cooperativas. Esta alternativa sería contraria al modelo comunalista rural y agrarista, crítico con la vida urbana y el industrialismo, del que eran partidarios Federico Urales, Federica Montseny, Isaac Puente o José Sánchez Rosa¹⁹.
- 30 Esta concepción diferente del comunismo libertario es la que orientó la elección estratégica de unos y otros dentro del movimiento anarquista. La divergencia, en general, derivaba de una elección de tipo estratégico, de cómo avanzar en el proceso revolucionario. Por un lado los anarcosindicalistas partidarios de un reforzamiento de la organización sindical cenetista para tener una base sólida, estable y preparada para un proceso revolucionario a medio plazo. Por otro los anarquistas insurreccionales que consideraban que las condiciones revolucionarias existían ya y que había que aprovechar la debilidad del nuevo Estado y la crisis económica y política del momento.
- 31 De ahí que el trabajo de construcción paulatina de los sindicatos y de la CNT fuese fundamental para aquéllos que percibían que solamente desde esta estructura sindical se podía organizar una actividad económica fundamental sobre la que construir la nueva sociedad comunista libertaria. La gimnasia revolucionaria, el insurreccionalismo y la violencia serían, en ese sentido, un obstáculo en el proceso de reforzamiento sindical y una traba para lo que ellos consideraban un auténtico desarrollo revolucionario. Su teoría se confirmaba al constatarse la pérdida de afiliados que la CNT sufría a lo largo del periodo republicano. De todos modos, no debemos olvidar que ésta no fue la única razón que explica la crisis confederal y el descenso de su afiliación, aunque sí que contribuyó al fomento de la división, a las rupturas y al debilitamiento del sindicalismo anarquista en los años previos a la Guerra civil.

- 32 La violencia sería entonces un elemento sustancial del enfrentamiento interno de orden estratégico que se vivió en el movimiento libertario, y de manera especial en el seno de la CNT. Aunque entre los anarquistas algunos sostuvieron, apoyaron e incluso practicaron la violencia en diferentes formas, no todos aceptaron esta vía, y hubo militantes de peso y líderes consolidados e importantes que criticaron la elección de esta alternativa. Y la criticaron no porque no fueran revolucionarios, sino porque su concepción de la revolución era otra : más constructiva y no tan destructiva; a medio o largo plazo y no de manera inmediata; por medio de la acción sindical y no tanto por la imposición de la misma por las armas. El inicio de la Guerra civil cambió por completo las circunstancias del debate; la lucha contra el fascismo y la organización de la producción en la zona libre modificaron las posiciones tanto de los sindicalistas más convencidos como de los defensores de la vía insurreccional. Las colectivizaciones e incluso la participación en el gobierno de la República marcaron el devenir del movimiento libertario en esos años; como bien apuntó Juan Peiró, el anarquismo «se adaptaba a la historia»²⁰. La excepcionalidad del momento favoreció la convergencia interna aunque fuese de manera temporal, ya que las divisiones y fracturas se mantendrían en los años posteriores de larga postguerra.

NOTAS

1. Juan AVILÉS FARRÉ, «Introducción. ¿Qué es el terrorismo?», in Juan AVILÉS FARRÉ y Ángel HERRERÍN LÓPEZ, *El nacimiento del terrorismo en occidente. Anarquía, nihilismo y violencia revolucionaria*, Madrid, Siglo XXI, 2008, p. IX-XX.
2. Juan AVILÉS FARRÉ, «Introducción...», *op. cit.*
3. Ángel HERRERÍN LÓPEZ, *Anarquía, dinamita y revolución social. Violencia y represión en la España de entre siglos (1868-1909)*, Madrid, Los Libros de la Catarata, 2011, p. 154, 284-287.
4. Un buen ejemplo es el proceso de Montjuïc en 1896, tras el atentado contra la procesión del Corpus en la iglesia de Sta. María del Mar en Barcelona, y la desmesurada represión sufrida por el movimiento anarquista. Cfr. José Luis GUTIÉRREZ MOLINA, *El Estado frente a la anarquía. Los grandes procesos contra el anarquismo español (1883-1982)*, Madrid, Síntesis, 2008, p. 65-94.
5. La referencia de Juan GARCÍA OLIVER en su obra *El eco de los pasos. El anarcosindicalismo en la calle, en el Comité de Milicias, en el gobierno, en el exilio*, Barcelona, Ruedo Ibérico, 1978, p. 627-636. Las citas de Ángel Pestaña proceden de sus memorias. Cfr. Ángel PESTAÑA, *Trayectoria sindicalista*, Madrid, Tebas, 1974, p. 174, 179, 185.
6. Antonio BAR, *La CNT en los años rojos. Del sindicalismo revolucionario al anarcosindicalismo, 1910-1926*, Madrid, Akal, 1981, p. 481.
7. Javier PANIAGUA, *La larga marcha hacia la anarquía. Pensamiento y acción del movimiento libertario*, Madrid, Síntesis, 2008, p. 200-202.
8. *Ibidem*, p. 205.
9. Uno de los muchos ejemplos sobre la crisis del capitalismo en José CONESA MARTÍNEZ, «El ocaso del capitalismo», *Tierra y Libertad*, Barcelona, 18 de marzo de 1932, p. 1-2, donde se afirma que «el capital se muere, se va a la bancarrota [...] El capitalismo se está jugando su última carta; se hunde en el abismo; agoniza, se muere [...]». Entre los ejemplos sobre la crítica al régimen

republicano podemos citar un manifiesto de la FAI con ocasión de la caída del gobierno Azaña en el que afirma que la República está en «esa descomposición, tan significativa que caracteriza a los regímenes en su ocaso [...] La República ha entrado, pues, en el periodo de su desquiciamiento [...] Dos fuerzas únicas, perfectamente definidas, se destacan en el panorama español: fascismo o revolución; dictadura sangrienta o comunismo libertario» cfr. Internationaal Instituut voor Social Geschiedenis, Amsterdam, *Archivo del Comité Peninsular de la FAI, film 182*, «El movimiento actual y el anarquismo», manifiesto firmado por el Comité Peninsular de la FAI, septiembre de 1933.

10. El «Manifiesto de los Treinta» fue escrito en agosto de 1931 y publicado en *L'Opinió de Barcelona* el 30 de agosto de 1931. Firmado por Juan López, Agustín Gibanel, Ricardo Fornells, José Girona, Daniel Navarro, Jesús Rodríguez, Antonio Valladriga, Ángel Pestaña, Miguel Portoles, Joaquín Roura, Joaquín Lorente, Progreso Alfarache, Antonio Peñarroya, Camilo Piñón, Joaquín Cortés, Isidoro Gabín, Pedro Massoni, Francisco Arín, José Cristiá, Juan Dinarés, Roldán Cortada, Sebastián Clará, Juan Peiró, Ramón Viñas, Federico Auleda, Pedro Cané, Mariano Prat, Espartaco Puig, Bautista Marcó, Genaro Minguet, representa la toma de posición del sector sindicalista de la CNT frente a la ofensiva de los anarquistas más radicalizados. Citado por Eulàlia VEGA, *El trentisme a Catalunya. Divergències ideològiques en la CNT (1930-1933)*, Barcelona, Curial, 1980, p. 255-260.

11. Villaverde era en ese momento Secretario general de la regional gallega de la CNT y había jugado un activo papel en la redacción y en la defensa de la ponencia que fijaba la posición de la CNT frente a las Cortes constituyentes durante el congreso confederal de junio de 1931. Las citas en José VILLAVERDE, «Posición pasada, presente y futura de la Confederación Regional Galaica», *La Tierra*, Madrid, 30 de abril de 1932, p. 3.

12. «Manifiesto de constitución de los Sindicatos de Oposición a la CNT de Cataluña», in *Sindicalismo*, Barcelona, n°1, 14 de febrero de 1933 (Citado por Eulàlia VEGA, *El trentisme a Catalunya...*, op. cit., p. 270-278).

13. Avelino González Mallada desarrolló su actividad militante entre su Asturias natal y Madrid. Ingresó muy joven en la CNT e integró la FAI en los años treinta. Dirigió varios periódicos cenetistas en Asturias y en 1932 asume en Madrid la dirección del órgano CNT. Una biografía más detallada en Miguel ÍÑIGUEZ, *Esbozo de una Enciclopedia histórica del anarquismo español*, Madrid, Fundación Anselmo Lorenzo, 2001.

14. «Esa no es nuestra revolución», *CNT*, Madrid, 9 de enero de 1933, p. 1. Este editorial fue, evidentemente, redactado y publicado en el ambiente de confusión de la insurrección. En los días siguientes el mismo periódico matiza, profundamente, el contenido del editorial del día 9 en una pirueta dialéctica bastante sorprendente por contradictoria.

15. Julián CASANOVA, *De la calle al frente. El anarcosindicalismo en España (1931-1939)*, Barcelona, Crítica, 1997, p. 110.

16. Delegado del Sindicato de Industria Pesquera de Pasaia, lejos de ser uno de los representantes del sector más moderado, Miguel González Inestal era militante de la FAI y había participado activamente en el sindicato de la construcción de Madrid al comienzo de la década de los treinta, así como en la animación del sindicalismo pesquero en Pasaia y en Donostia. Cfr. Miguel ÍÑIGUEZ, *Esbozo de una Enciclopedia...*, op. cit. Las citas del texto en CNT, *El congreso confederal de Zaragoza. 1936*, Madrid, Zero, 1978, p. 141-142.

17. Citado por Josep TERMES, *Història del moviment anarquista a Espanya (1870-1980)*, Barcelona, L'Avenç, 2011, p. 433. Horacio Martínez, sindicalista posibilista, era en 1936 Secretario general de la CNT.

18. Antonio FONTECHA PEDRAZA, «Anarcosindicalismo y violencia: la 'gimnasia revolucionaria' para el pueblo», *Historia Contemporánea*, Bilbao, n°11, p. 153-179.

19. Javier PANIAGUA, *La larga marcha...*, op. cit., p. 230-240.

20. Citado por José ÁLVAREZ JUNCO, «La filosofía política del anarquismo español», in Julián CASANOVA (coord.), *Tierra y Libertad. Cien años de anarquismo en España*, Madrid, Crítica, 2010, p. 23.

RESÚMENES

En los años treinta del siglo XX, los anarquistas españoles consideraban la revolución social como una posibilidad próxima y realizable. La crisis del capitalismo y las dificultades del régimen republicano reforzaban el convencimiento de este sueño de una nueva sociedad comunista libertaria. Sin embargo, la manera de hacer la revolución creó una serie de discrepancias en el interior del movimiento anarquista. El objeto del presente artículo es analizar una de estas diferencias, en concreto, la relativa al recurso a la violencia insurreccional en el ámbito de una estrategia de revolución inmediata.

Dans les années 1930, les anarchistes espagnols considéraient la révolution sociale comme une possibilité proche et réalisable. La crise du capitalisme et les difficultés du régime républicain renforçaient la conviction de ce rêve d'une nouvelle société communiste libertaire. Néanmoins, des désaccords surgirent au sein du mouvement anarchiste autour des façons d'accomplir cette révolution. L'objet de cet article est d'analyser l'une de ces dissensions, à savoir : celle liée au recours à la violence insurrectionnelle dans le cadre d'une stratégie de révolution imminente.

In the thirties of the twentieth century, the Spanish anarchists considered the social revolution as a next and feasible possibility. The crisis of capitalism and the difficulties of the Republican regime reinforced the conviction of this dream of a libertarian Communist society. However, the way of making the revolution created a series of discrepancies inside the anarchist movement. The purpose of this article is to analyse one of these differences, in particular, the use of insurrectionary violence in the framework of a strategy of immediate revolution.

ÍNDICE

Mots-clés: anarchisme, mouvement libertaire, violence, révolution

Palabras claves: anarquismo, movimiento libertario, violencia, revolución

Keywords: anarchism, libertarian movement

AUTOR

ÓSCAR FREÁN HERNÁNDEZ

Université de Franche-Comté